ANTONIO DORTA

Cartas a Dácil y otros ensayos

Selección, introducción y notas de
ISABEL CASTELLS

INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
en la UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
en la UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

Dibujo de la cubierta:
Antonio Dorta, *por* Juan Ismael
(1933)
[*La Tarde*, 10-II-1934]

ANTONIO DORTA

Cartas a Dácil y otros ensayos

Selección, introducción y notas de
ISABEL CASTELLS

INSTITUTO DE ESTUDIOS CANARIOS
en la UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
1993

INTRODUCCIÓN

ANTONIO DORTA MARTÍN (1903-1983), sin ser poeta ni ensayista en un sentido estricto, constituye una figura de singular interés en el panorama global de nuestra literatura de vanguardia [1]. Figura que podríamos considerar *paralela* porque, si bien camina junto a los más brillantes pensadores y poetas de este período, esto sucede sólo en una parcela de una actividad más amplia que no excluye la dedicación activa a la política. De este modo, un breve repaso a su biografía puede ayudarnos a analizar el perfil de este complejo personaje y el verdadero alcance de su participación en el contexto que nos ocupa.

Durante los años de la Dictadura de Primo de Rivera, Antonio Dorta cursa estudios de Derecho en la Universidad de La Laguna, donde traba amistad con Juan Manuel Trujillo, de cuya mano se introduce en la generación poética de *La Rosa de los Vientos* y hace suyas, como veremos, sus inquietudes y propuestas.

En 1930 se traslada a Madrid, ciudad a la que —tras un paréntesis de un año en que es elegido primero concejal y luego alcalde de Tacoronte— regresa en 1932.

Allí se introduce en la vida política y cultural del momento, frecuentando tertulias —entre ellas, la ramoniana de Pombo—, exposiciones y conferencias y comienza a enviar de una manera regular al periódico tinerfeño *La Tarde* diversas publicaciones que abarcan, por consiguiente, tanto el comentario de la cotidianeidad política, analizada desde la óptica del más radical republicanismo, como la crónica novelada y mordaz de los avatares diversos de la vida capitalina y —lo que nos interesa primordialmente— las reseñas más o menos puntuales de los variados acontecimientos del agitado panorama literario y artístico de los años insulares de la preguerra, contemplados asimismo desde una perspectiva

---

[1] No entraremos ahora en consideraciones sobre el término «vanguardia» y su aplicación a la literatura insular de la preguerra, entre otras cosas porque de ello se ocupa Andrés Sánchez Robayna en su texto «Para la historia de una aventura», recogido en el volumen colectivo, coordinado por él mismo, *Canarias: las vanguardias históricas*, aparecido recientemente (1992) en edición conjunta del CAAM y el Gobierno de Canarias (Viceconsejería de Cultura y Deportes), págs. 3-18.

apasionadamente combativa y en todo coincidente con la de sus más activos y polémicos protagonistas.

Durante los años de la guerra civil, trabaja junto a Juan Manuel Trujillo como secretario del periódico *ABC*, hasta que abandona el periodismo y, de la mano de su admirado Ortega y Gasset, empieza a dedicarse a la traducción, colaborando asiduamente con la colección Austral. Ya en 1951, es nombrado traductor de la FAO en Roma, ciudad en la que permanece el resto de su vida, siempre dedicado a la actividad intelectual [2].

Toda esta trayectoria biográfica nos muestra a un Antonio Dorta poliédrico: periodista y traductor, crítico de política y de arte, fino observador de la realidad en todas sus perspectivas, y, en todo caso, siempre incansable, siempre mordaz, siempre atento. Un periodista amigo del diálogo y las encuestas [3] y no ajeno a la polémica [4], preocupado por la cultura desde un planteamiento totalizador que incluye al arte tanto como a la política, la sociología o la economía, amigo de la generación de *La Rosa de los Vientos* y compañero de su aventura colectiva en busca de una Canarias universal y moderna.

Un Dorta, decimos, poliédrico, incansable. Pero no poeta. Esto marca la primera diferencia —y fundamental— entre su aportación a la fragua del vanguardismo insular y la de los restantes participantes en la

---

[2] Para mayor información sobre la actividad global de Antonio Dorta (títulos de las obras traducidas, prólogos por él redactados, proyectos de libros, colaboración en tareas de carácter enciclopédico) remitimos a los artículos, sin firma, «Triunfo de nuestro paisano el escritor Antonio Dorta», *La Tarde*, 16-VIII-1951, y «Antonio Dorta, un intelectual tinerfeño en el recuerdo», *El Día*, 10-IX-1982.

[3] De hecho, es él quien organiza, en diciembre de 1932, la encuesta «Madrid desde Canarias, Canarias desde Madrid», a la que respondieron únicamente Agustín Espinosa (*La Tarde*, 31-XII-1932, recogida en Agustín Espinosa, *Textos*, edición de Alfonso Armas y Miguel Pérez Corrales, Santa Cruz de Tenerife, 1980, págs. 207-209) y Ramón Feria (*La Tarde*, 23 y 24-I-1933). También en 1933 propone a *La Tarde* otra encuesta sobre «La República y Tenerife» en un artículo homónimo aparecido el 2 de marzo, que obtuvo una respuesta afirmativa sólo cuatro días después en el mismo periódico («Comentarios. La República y Tenerife»).

[4] Por ejemplo, su artículo «Venganza de Canarias», recogido en esta edición, dio lugar a dos irónicos escritos de José Rial: «Lo universal en lo regional» (*La Tarde*, 14-VI-1933) y «Lo regional en lo universal» (*La Tarde*, 27-VIII-1934) en los que repetidamente condena la «pretensión, petulancia y pedantería» de un joven que se siente apasionado protagonista de un intento de construcción de la moderna cultura insular. No hemos encontrado respuesta de Dorta a ninguno de los ataques de José Rial.

misma empresa, cuya actividad tenía una vertiente teórica —ensayos, reseñas— que se veía refrendada por una consumación o síntesis poética que daba realidad a sus planteamientos y pretensiones. Esto es: si Espinosa tiene su *Lancelot, 28°7°*, Gutiérrez Albelo su *Campanario de la primavera*, Pedro García Cabrera su *Líquenes*, su *Transparencias fugadas* y su *La rodilla en el agua*, Domingo López Torres su *Diario de un sol de verano* y Eduardo Westerdahl sus *Poemas de sol lleno*, Antonio Dorta sólo cuenta con unos pocos y breves artículos que, no obstante —y precisamente ahí radica su interés— presentan una importancia notable, no tanto por su condición histórica —esto es, existieron y, por tanto, resultan útiles a la hora de reconstruir un panorama colectivo como el que ahora nos ocupa— como porque en su mayoría contienen reflexiones enormemente apropiadas y particularmente lúcidas. Ya anteriormente lo habíamos definido, ante todo, como un «fino observador de la realidad», un cazador de noticias y acontecimientos que eran automáticamente filtrados a través de una doble actitud constructiva y destructiva que oscilaba entre la implacable condena de lo anquilosado u obsoleto y la más apasionada y entusiasta defensa de toda innovación o evolución artística y moral. Fue Antonio Dorta, pues, a su modo, un vanguardista, aunque no en el sentido iconoclasta, juguetón y juvenil que suele darse al término (y que, por otra parte, tampoco puede ser atribuido a ninguno de los autores canarios, ni siquiera a Espinosa): el progreso era su sueño; Unamuno y Ortega, sus maestros; los miembros de *La Rosa de los Vientos*, sus amigos; la reconstrucción de Canarias —y, en un sentido amplio, de España—, su objetivo. Pero era, ante todo, periodista [5] y, precisamente por eso, sus artículos están, como se verá en esta Antología, acompañados —e incluso a veces motivados— por comentarios sobre acontecimientos concretos que no encontramos —salvo excepciones— ni por asomo en los miembros de la vanguardia insular citados anteriormente, y que, por su propia condición de poetas, no obedecen a esa necesidad de la actualidad cotidiana como punto de partida o justificación de un artículo que caracteriza al periodista y de la que, por tanto, no está exento Dorta.

Lógicamente, también el estilo se ve afectado por este diferente planteamiento del acto de la escritura, y los artículos de Dorta, contrariamente a la rica y cuidadosa elaboración que encontramos, por ejemplo,

---

[5] Y, además, un periodista políticamente comprometido. Tengamos en cuenta que, para él, «cada redactor de un rotativo importante es un diputado permanente». («Imaginaciones acerca de Canarias», *La Tarde*, 19-VII-1934.)

en Espinosa y García Cabrera, son apresurados, casi esquemáticos y en ocasiones revelan claramente las limitaciones de tiempo y espacio que parece exigir la actividad periodística y que obliga al autor a introducir —las «Cartas a Dácil» son una clara muestra de ello— información variada y diversa en un número reducido de líneas, siendo el resultado una ráfaga de datos yuxtapuestos entre los cuales debe el lector buscar la hilazón y adivinar, en cierto sentido, la verdadera intención con que fueron escritos.

Sin embargo, el estilo de Dorta no se ve menoscabado por las deficiencias e imperfecciones —semánticas, gramaticales, ortográficas— que, por desgracia, han caracterizado desde siempre —salvo escasas y, por ello, más valiosas excepciones— a este género que tan ácidamente calificaba Baudelaire como «tejido de horrores». Antes al contrario, la prosa de Dorta es ágil y generosa, y si, según hemos apuntado, en ocasiones la información se *amontona* de una manera casi forzada, caótica, es justamente el equilibrado manejo de la sintaxis y de algunas figuras de raigambre clásica —anáforas, catáforas, quiasmos, exlamaciones retóricas...— lo que da a los artículos de Antonio Dorta esa dignidad que lo convierte, como venimos repitiendo, en compañero indiscutible de nuestros mejores poetas de la preguerra.

Pero hora es ya de analizar de manera sucinta en qué se basa esa coincidencia de pensamiento entre Dorta y los poetas mencionados. Para ello es preciso simplemente recordar algunos hechos cenitales que son muestra de un cambio de sensibilidad operado en nuestros años 30. La aparición en 1926-27 de la revista *La Rosa de los Vientos*, el nacimiento de la sección «La nueva literatura» en el periódico *La Tarde* en 1929, la exposición de la Escuela Luján Pérez y la aparición de la revista *Cartones* en 1930 y, naturalmente, la publicación, con el pionero Agustín Espinosa siempre a la cabeza, de los poemarios mencionados más arriba y de las puntuales reseñas y adhesiones entusiastas de todos los autores implicados en este proyecto, nos dan la clave de un fecundo panorama de creación colectiva sobre cuya importancia no se ha dejado de insistir en las más recientes investigaciones sobre nuestra vanguardia [6] y que podríamos resumir en un triple objetivo: universalismo frente a regionalismo, atención al paisaje como verdadera seña de identidad y búsqueda de una

[6] Remitimos directamente al ya citado volumen colectivo *Canarias: las vanguardias históricas*, que constituye, como dijimos, la más reciente aportación crítica al estudio de este período.

tradición que otorgue a Canarias consciencia de sí misma, todo ello tratado con un lenguaje poético también nuevo y moderno.

Innecesario nos parece insistir en estas breves páginas sobre el primero de estos objetivos: la sed de universalismo. Baste por el momento con reproducir algunos pasajes del Manifiesto con que se inicia «La nueva literatura», donde Antonio Dorta colabora con un artículo —su primer artículo— sobre Ramón, y remitir a otras páginas que sitúan este anhelo en el contexto general en que surge [7]:

> Queremos una literatura desnuda. Y exacta. Nosotros...Dictando nuestras lecciones de universalismo. Basta de Venecias..., Helenismo a lo Isadora Duncan...., tonadas de Zorrilla..., Manuel Verdugo, Tomás Morales...Basta de pintura racial. Basta de enredaderas rojas sobre muros blancos y de patios típicos y de todo lo típico. Basta de olitas lindas y de barquitos guapos [8].

Aparte del artículo expresamente titulado «Universalidad, nacionalismo y sectarismo», en el que Dorta aplaude nada más y nada menos que la independencia absoluta de las Universidades, como instituciones culturales de carácter emblemático, de la noción de patria y «del doble tope del tiempo y de las fronteras» [9], encontramos una atención a este tema en el ya mencionado «Venganza de Canarias», dedicado a Juan Ismael, y que muy bien podemos tomar como modelo para llamar la atención sobre ciertas ideas de Antonio Dorta que nos conviene destacar en esta Introducción.

En este importante artículo, insiste Antonio Dorta en la polémica sobre universalismo y cosmopolistismo desarrollada por Juan Manuel

---

[7] Nos referimos, naturalmente, al imprescindible «Cuaderno de bitácora de la vanguardia insular», de Miguel Pérez Corrales, aparecido en los números 31, 34, 36, 38, 44, 46 del suplemento «Jornada literaria» del periódico *Jornada*, julio-octubre de 1981.

[8] «La nueva literatura», número 1, *La Tarde*, 19-IV-1929.

[9] En este artículo puede verse lo que comentábamos anteriormente con respecto a la *oportunidad*, a la *actualidad* de los escritos de Dorta, que parten de un acontecimiento nacional o extranjero concreto —en este caso, un pleito desarrollado en Inglaterra sobre la actitud de la Universidad ante la patria— para realizar reflexiones de carácter general que, por la brevedad y concisión exigidas a un escrito de circunstancias, han de hacerse de una manera apresurada. Es por esta razón que lo hemos incluido en esta Antología.

Trujillo y Eduardo Westerdahl [10], apostando claramente por el primero, y, después de condenar el pintoresquismo y tipismo del que se ha nutrido la mayor parte de nuestra peor literatura costumbrista, se lamenta de que

> se confunde al hombre, sus sentimientos profundos y elementales, con una anécdota cualquiera de traje y de dicción. [11] Se confunde lo universal y lo cosmopolita y se cree —todavía hoy— que el cactus y la pitera —por ejemplo— pueden dar el sentido de lo canario en un paisaje [12].

La universalidad no impide —antes bien, facilita— la percepción del paisaje en toda su autenticidad. Semejante idea, apuntada en esta breve cita, constituye, como se verá, uno de los caballos de batalla de nuestros poetas y se aprecia claramente en Antonio Dorta, no sólo en este artículo que ahora nos ocupa, sino también en otros como «Poesía y geografía en Agustín Espinosa», «Un libro. Declaración de amor», «Del paisaje. Imaginaciones acerca de Canarias» y «Las vueltas de José Aguiar», recogidos todos en esta Antología.

Una vez más en «Venganza de Canarias» vuelve Antonio Dorta a hacer referencia al tema de la universalidad, para enlazarlo ahora con el tercer elemento del tríptico que antes proponíamos: el arte, la cultura, la

---

[10] Para profundizar en esta polémica, véanse el número II (1928) del «Cuaderno de bitácora de la vanguardia insular» y el artículo de Nilo Palenzuela «Avatares de la crítica: E. Pestana, J. M. Trujillo, E. Westerdahl y D. Pérez Minik», en el volumen *Canarias: las vanguardias históricas*, págs. 243-264.

[11] Así se expresa Pedro García Cabrera en su fundamental «El hombre en función del paisaje»: «...si el regionalismo es traje, todos los regionalismos están en un almacén de tejidos. Lo que la anterior generación tiene por regional ... son pseudomórfosis regionales. Formas regionales adulteradas. Para purificarlas ..., hay que volver a la esencia, a las protoformas primitivas». Citamos por el Apéndice del libro de Nilo Palenzuela *El primer Pedro García Cabrera*, ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1991, pág. 301.

[12] Comparemos esta última afirmación con las siguientes palabras de Juan Manuel Trujillo: «La fisonomía de Canarias no la determinan unos elementos del paisaje. No sabemos lo que Canarias es por unos nopales, una choza de paja o unos cactus... No. La fisonomía, el hecho diferencial de Canarias hay que buscarlo, no en el paisaje, sino en el hombre; en el conjunto de relaciones que el hombre que vive en esos peñascos ha tenido con el mundo, con el hombre y con las cosas» («Fisonomía de Canarias», en Juan Manuel Trujillo, *Prosa reunida*, edición de Sebastián de la Nuez, Santa Cruz de Tenerife, Aula de Cultura, 1986, pág. 426).

tradición. En efecto, cuando afirma, siguiendo, en este caso, los postulados de la lectura orteguiana de la magna obra de Cervantes, que

> gracias a un poeta, entró España en conocimiento de sí misma y supo el mundo lo que era «ser español»: dos siluetas proyectadas sobre la Mancha dibujan el arquetipo del español universal

y reclama para Canarias «un poeta cuya voz penetre todos los oídos de las islas y alce el rumor de su voz sobre el rumor que choca en los acantilados», está poniendo el acento en la importancia de una tradición escrita que dé la pauta de la identidad insular. En este punto, imprescindible se hace la mención del pirandelliano texto de Trujillo «Siete islas en busca de autor», donde leemos que

> las islas siguen buscándose, buscando autor. Quieren tener consciencia de sí mismas... Sólo un poeta puede hacer el milagro. Mejor dicho, dicho exactamente: sólo en un poeta podrán las islas hacer este milagro. [13]

Canarias, para conocerse, necesita de un poeta. Pero también necesita de unos mitos. Agustín Espinosa, conducido por Antonio de Viana, ha encontrado uno en la princesa Dácil y, en su fundamental ensayo «La infantina de Nivaria», resucita el edénico encuentro entre la infanta guanche y el capitán español y propone «aureolar[lo] con poéticas esencias ... y salvarlo, tonado de nuevo para la posteridad» en una «génesis mítica» que «sólo geográficamente puede explicarse... Como insulario producto. Como elaboración y signo de islas». [14]

He aquí el origen de lo que, de haber tenido mayor continuidad, hubiera quizás supuesto la principal aportación de Dorta al marco de reflexión teórica de nuestra vanguardia: las «Cartas a Dácil» [15], producto explícito de «la llamada lírica de Agustín Espinosa» e intento de reconstrucción mítica de la identidad insular. Dácil significa para Dorta, como para Espinosa, «lo que Canarias es y el signo de lo que debe hacer. Resumen y programa».

---

[13] Juan Manuel Trujillo, «Siete islas en busca de un autor», en *Prosa reunida*, pág. 146.

[14] Agustín Espinosa, «La infantina de Nivaria», en *Textos*, págs. 165 y 172.

[15] Que nosotros sepamos, sólo se conservan las dos Cartas que reproducimos en esta edición.

Son estas dos Cartas inevitable punto de referencia en todo intento de análisis del tratamiento del mito dácilo en nuestra vanguardia, y a ellas debe su autor el hecho de que su nombre figure en nuestra historia cultural junto a los de ensayistas de la categoría de Espinosa, Trujillo, Pestana o Feria. Así, vemos cómo, por ejemplo, Nilo Palenzuela lo adscribe, junto a los autores mencionados, en una orientación de la crítica de ese período que se remite al pasado y «coloca a la actividad creadora ante un horizonte metafísico, o mítico, sobre el que ha de interrogarse: acto de desvelar, de quitar el velo para adentrarse en un sentido de lo insular» [16].

Bien es cierto que Dorta adopta la misma actitud que Espinosa, cuyo magisterio reconoce continuamente, aunque tampoco debemos perder de vista el hecho, y enlazamos ahora con nuestras observaciones preliminares, de que estamos ante un periodista y no ante el autor de obras como *Lancelot* o *Crimen*. Así, mientras Espinosa es capaz de hacer de «La infantina de Nivaria» un soberbio texto que es a un tiempo poema y proclama, Antonio Dorta convierte lo que podría haber sido un ensayo de capital trascendencia en este proceso de autoconocimiento cultural en dos sobrias crónicas de carácter circunstancial cuyo mayor acierto reside en reproducir las propuestas de Espinosa y conferirles un eufórico tono, típicamente periodístico, de urgente necesidad. Así, en la «Carta primera» el eco de Dácil queda reducido al reconocimiento de dos canarios en la capital: Lola de la Torre, triunfadora en el Círculo de Bellas Artes, y Viera y Clavijo, que pasó a dar nombre a una calle, por no mencionar una consideración de Lenin como poeta absolutamente impensable en Espinosa, y mucho menos en un texto de introspección mítica como el que cabe esperar del título. En la «Carta segunda», Dácil vuelve a ser nuevamente un pretexto para una serie de reflexiones que tienen más de reforma político-social que de búsqueda de una autoconciencia insular.

Queremos decir con ello que, si bien las «Cartas» presentan un notable interés como documentos, una atenta lectura de las mismas nos revela que, en cierto sentido, defraudan las expectativas que su título suscita o que, en todo caso, nos muestran a un Antonio Dorta no tan

---

[16] Nilo Palenzuela, «Avatares de la crítica», citado, pág. 251. Al mismo autor debemos otros dos textos que se ocupan del mismo tema: «Dácil y la tradición», *LC Ensayo*, Santa Cruz de Tenerife, agosto-septiembre de 1981, págs. 14-17, y «Sobre las vanguardias insulares. Un aprendizaje metafísico», en el suplemento «Archipiélago literario» del periódico *Jornada*, Santa Cruz de Tenerife, 18-II-1989.

alejado de esa vertiente sociológica que observa Nilo Palenzuela [17] en escritores como Westerdahl, Pérez Minik o García Cabrera, a pesar de que, por razones de afinidad personal, nuestro autor se haya hecho eco de la postura metafísica que con claridad meridiana encontramos en Espinosa. Por tanto, no debemos perder de vista que los textos de tema literario o artístico en general no son, como se verá en el Apéndice bibliográfico que ofrecemos al final, sino una parte infinitesimal de una constante dedicación periodística dirigida fundamentalmente a la política y a la sociología y que, por consiguiente, nada tiene de extraño que se vean salpicados por inquietudes de esta naturaleza. A Antonio Dorta, como a Larra —autor en quien se apoya en más de una ocasión—, *le duele España* y, por tanto, *le duele Canarias*. Se resiente al contemplar la indigencia política, económica, social y cultural que acabaría por desembocar en un conflicto fratricida, y es este espíritu combativo y reformista —y no ningún otro— el que alienta en todas y cada una de sus páginas. Su interés por las cuestiones de carácter artístico obedece, así, a una suerte de neoplatonismo que lo lleva a desear un ideal de nación sostenida por creadores e intelectuales. Esto justifica, por ejemplo, el tono con el que, en el artículo «Una luz que se apaga», se lamenta de que un poeta de la categoría de Ramón Gómez de la Serna se vea obligado a pasar privaciones.

Este hecho, como también apuntábamos al principio, en modo alguno resta interés a sus artículos de crítica literaria o artística; antes bien, realza su valor y originalidad en el marco de una obra global desarrollada en otra dirección. Esto es, los artículos relacionados con el arte y la literatura son escasos pero significativos, y contienen reflexiones enormemente lúcidas y ajustadas al clima de renovación colectiva de la Canarias prebélica. Ya hemos apuntado las importantes ideas contenidas en «Venganza de Canarias» o la oportunidad —con las salvedades mencionadas— de las «Cartas a Dácil». En estos textos, como en otros similares que encontrará el lector en esta Antología, Antonio Dorta se expresa como un verdadero militante de la generación de *La Rosa de los Vientos*, aunque ya hemos visto que, por sus propios intereses personales, sus intenciones persiguen una reforma de Canarias desde una perspectiva más amplia que la de sus compañeros. Quizás por eso su interés se centró en esta vertiente de la poesía que tendía a una reconstrucción de Canarias y podía ser armonizada con sus inclinaciones sociales y políticas y no

[17] En el citado artículo «Avatares de la crítica...».

encontramos en él —excepción hecha de la reseña de *Romanticismo y cuenta nueva* que, con el título de «Cara y cruz de Gutiérrez Albelo», reproducimos también en esta Antología— ningún texto dedicado al surrealismo, movimiento que, como se sabe, tuvo en nuestra vanguardia una especial repercusión.

Lo que conviene destacar aquí, ya que no estamos haciendo una valoración global de su obra toda —valoración que, por otra parte, no dejaría de arrojar un balance positivo— es la capacidad de Antonio Dorta para entender un ambiente colectivo determinado y apoyarlo entusiastamente desde Madrid y, fundamentalmente, su especial sensibilidad a la hora de captar en pocas líneas la esencia de una obra o de un poeta. Así, por ejemplo, cuando habla, refiriéndose a Agustín Espinosa, de la «coexistencia en el alma de nuestro poeta, de la geografía, o vocación de superficies, con la poesía, o vocación de profundidad» está dando la definición más acertada de un poeta que, por un lado, cartografió míticamente la isla de Lanzarote y, por otro, se sumergió en una experiencia del más radical surrealismo; cuando habla, en Gutiérrez Albelo, de su «pluma de pintor» o de sus «ejercicios ópticos», está percibiendo el triunfo de la imagen en la nueva poesía y el más notable hallazgo de *Romanticismo y cuenta nueva*; cuando observa, en el artículo dedicado a Ramón Gómez de la Serna —su amigo de Pombo—, que su innovación esencial estriba en «el rebosante caudal de temas que con él han ascendido al plano literario», está poniendo el acento en la idea fundacional de la poética ramoniana y, por extensión, de toda la poética vanguardista y, en fin, cuando, al hablar de Juan Manuel Trujillo, siente cómo «la pluma se ha puesto a galopar y no había manera de enfrenarla» o cuando es capaz de percibir el cálido tono de ensoñación que habita las páginas de Andrés de Lorenzo-Cáceres y reproducirlo en un artículo que más tiene de respuesta poética a un amigo que de fría reseña, no está haciendo otra cosa que demostrar que, simplemente por la agudeza y la pasión de sus observaciones, ha dejado de ser un mero observador de nuestra vanguardia para convertirse en uno de sus protagonistas.

ISABEL CASTELLS

Bajamar, 14 de octubre de 1992.

NOTA SOBRE LA EDICIÓN

Como aclaramos en la Introducción, en esta Antología recogemos exclusivamente los artículos de Antonio Dorta escritos con anterioridad a 1936 y, más concretamente, los relacionados con el arte y la poesía de la vanguardia insular. Además y, habida cuenta de que la producción general del autor abarca muchísimos otros artículos de variada temática, ofrecemos al final un inventario de todas sus publicaciones anteriores a la fecha mencionada.

Los artículos han sido sometidos a ligerísimas correcciones, en su mayoría de las erratas inevitables en las publicaciones en periódicos. Asimismo, los criterios tipográficos han sido unificados para esta edición.

Queremos expresar desde aquí nuestro agradecimiento a las personas que nos han ayudado en la realización de esta Antología: a Andrés Sánchez Robayna, coordinador del proyecto de investigación sobre la literatura insular de vanguardia en el que se inscribe este trabajo, por haber impulsado estas páginas, por su ayuda bibliográfica y por sus apreciaciones siempre valiosas; a Bernd Dietz Guerrero por habernos cedido la información imprescindible para completar el perfil humano de Antonio Dorta; a José Lucio López Hernández por habernos facilitado la lectura de los textos en microfilm y, en general, a todo el personal de la Hemeroteca de la Universidad de La Laguna por habernos brindado un cálido apoyo en unas circunstancias ciertamente adversas.

BIBLIOGRAFÍA

Sin firma, «Tarea y estilo de Antonio Dorta», *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, 30-VI-1951.

Sin firma, «El acto de homenaje a Antonio Dorta», *La Tarde*, 2-VII-1951.

Sin firma, «Triunfo de nuestro paisano el escritor Antonio Dorta»", *La Tarde*, 16-VIII-1951.

ÁLVAREZ CRUZ, Luis, «Un tinerfeño, en viaje sentimental por Italia, desde la terraza de un bar de Santa Cruz. Confesiones de urgencia de un poeta y periodista isleño, actualmente funcionario de la F. A. O.», *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 21-IX-1960.

DARIAS, Olga, «Roma-Tenerife. Palabras de evocación para Antonio Dorta», *La Tarde*, 24-IX-1960.

PÉREZ CORRALES, Miguel, «El oficiante ultramarino», «Jornada literaria» (del periódico *Jornada*), 10-X-1981.

Sin firma, «Antonio Dorta, un intelectual tinerfeño en el recuerdo», *El Día*, 10-IX-1982.

ALONSO, María Rosa, «Antonio Dorta Martín», *El Día*, 25-II-1983.

PALENZUELA, Nilo, «Sobre las vanguardias insulares. Un aprendizaje metafísico», *Jornada*, suplemento «Archipiélago literario», Santa Cruz de Tenerife, 18-II-1989.

SÁNCHEZ ROBAYNA, Andrés, «Ruskin, Besteiro y Antonio Dorta», *La Gaceta de Canarias*, La Laguna, 14-X-1990.

ANTOLOGÍA

RAMÓN

Un cambio de perspectiva, en la jerarquía de los temas literarios, ha introducido Ramón Gómez de la Serna.

La característica esencial de su innovación no estriba en haber aportado nuevas modalidades técnicas —aun siendo muy interesantes— sino en el rebosante caudal de temas que con él han ascendido al plano literario.

Marcel Proust —cuyo ritmo es quizás un antecedente ramoniano— había vuelto su mirada inquietante a esos fondos humanos donde se siente el cálido germinar de la vida vegetativa.

Azorín —el minucioso y lento auscultador de paisajes y horizontes— atendía con sus mejores preferencias las acciones pequeñas y vulgares, las casas vacías, y nos comunicaba la nostalgia de humanidad que esas cosas sentían.

Todos veían en las cosas una resonancia humana. Pero en Ramón éstas logran plena independencia poética.

Ya son ellas mismas quienes se abalanzan hacia la escena literaria como personajes de sus propios dramas.

Despiertas al mundo de la expresión, la mirada de Ramón descubre sus gestos más recónditos, interpreta todos sus anhelos y espera pacientemente la hora en que ellas vierten toda su intimidad para escuchar sus más secretas confidencias.

Entre todos sus títulos, quizás sea ese de «Doctor de las cosas» el que merezca en toda su pureza, en toda su plena independencia, por esa manera de acercarse a ellas poniéndose a su mismo nivel para anotar todas sus pulsaciones.

Algunos libros suyos contienen esas apasionadas experiencias: *Disparates*, *Caprichos*, *Variaciones*, *Ramonismo*, *El libro mudo*, *El alba*, *Muestrario*, *Gollerías*, «todos tomos diferentes y surtidos, en que cada cosa apareció en mi espíritu, no como resultado de una incesancia de grafómano, sino como cuadro imprescindible o motivación irrecusable en la conciencia de lo imaginario o de lo real», escribe en el prólogo de *Gollerías*. Y más abajo añade: «Todo insiste varias veces con ayes de

socorro, desde la selva intrincada. Por eso, para estar preparado a esas anunciaciones, vivo en soledad y silencio.»

Cuando en 1904 publica precozmente su libro *Entrando en fuego* —inquietudes de colegial—, Ramón era ya entonces un revolucionario de los domingos españoles; el letargo de esos atardeceres amarillentos de los domingos era el mar temeroso donde naufragaba su inquieta adolescencia, floreciente de audaces interrogaciones.

Luego, su revista *Prometeo*, en cuyo número XX —julio de 1910— lee con su voz más alta el primer manifiesto dirigido por Marinetti a los españoles:

«He soñado un gran pueblo: es el vuestro, sin duda, españoles. Lo he visto caminar de época en época conquistando las montañas, cada vez más alto, hacia la gran hoguera que resplandece al otro lado de las cimas inaccesibles».

Contagiado del aire polemizador de Marinetti, le grita su saludo con estas palabras estridentes: «Futurismo. Insurrección. Algarada. Violencia sideral. Pedrada en un ojo de la Luna. Conspiración de aviadores y de chauffers. Saludable espectáculo de pista desorbitada. Ala hacia el norte, ala hacia el sur, ala hacia el este y ala hacia el oeste. Simulacro de conquista de la tierra, que nos la da».

Historiador del Rastro, de la Puerta del Sol, de Pombo —cuya cátedra profesa—, inventor de la Greguería, Cronista del Circo, y poseedor de otros tantos títulos puramente literarios, marchó a París y luego alternativamente a Nápoles y a Lisboa, meridianos geográficos de su sensibilidad.

Después, la literatura oficial presidida por Azorín —su más próximo antecedente en la literatura española— organizó en su honor un banquete.

Novelas de Lisboa y de Nápoles, viajes literarios por países de una geografía ideal: *Las Seis Falsas Novelas* (Rusa, China, Negra, Tártara, Alemana y Norteamericana).

Canta emocionadamente la vida y la obra de Goya, y prepara actualmente su vida de Azorín.

Recientemente, Jean Cassou publica en su *Panorama de la Literatura Española* un retrato acabado de Ramón. Dice: «Presentado en Francia por el sagaz Valery Larbaud, Ramón Gómez de la Serna nos pareció desde luego como un hermano de Jean Giradoux y Max Jacob. En el circo de la actual literatura viene al lado de estos ilustres triunfadores para romper las sillas y hacer temblar los cristales».

Más adelante, sigue: «Es uno de esos genios adámicos de que habla Ortega y Gasset, sorprendentes reservas de España, una de las fuerzas que esta tierra liberta, súbitamente y sin motivo: una explosión.

Es preciso aceptarlas, como se acepta a Lope de Vega, monstruo y Fénix.

La literatura española no se ha desarrollado de una manera armónica, regulada, sino por saltos instintivos que la hacían despertar de sus letargos desesperantes. Ramón constituye uno de esos saltos.

Ramón, liberal y robusto como la Naturaleza, es una de esas afirmaciones por las que el genio español saliendo de su letargia viene a expresar nuevamente su necesidad de vivir.»

Infatigable creador, en plena madurez, él puede repetir la exclamación de Juan Ramón Jiménez: «Yo le he robado ya al mundo —mi mundo. La inmensidad, ajena de antes, es hoy mi inmensidad».

[*La Tarde*, 23-VIII-1929.]

CARTAS A DÁCIL

CARTA PRIMERA

Hace algún tiempo empecé yo a soñar un renacimiento de Dácil. Tanto lo anhelaba que veía síntomas de él en un libro de Josefina de la Torre, en los cuadros de Juanita Dorta, en un libro de Gutiérrez Albelo, en Agustín Espinosa, en Juan Trujillo. Cada nuevo eco reciente de la voz de Dácil, largo tiempo olvidada en el libro de Antonio de Viana, sumergida bajo la pesadumbre de tantas veladas literarias, traíame gran alegría. Porque yo pensaba que en aquella doncella aborigen se compendiaba lo que Canarias es: su oculto sentido esencial. Lo que para Cataluña es la Bien Plantada: una Patrona, un Mito. Y me daba pena que todo un pueblo que contaba en su pasado con este alimento de energías viviese, olvidándolo, en un lamentable decaimiento, disperso, perezoso. Porque sólo el Mito impulsa a los pueblos en acción eficaz; sólo él vierte entusiasmo colectivo. Dácil significa para mí lo que Canarias es y el signo de lo que debe hacer. Resumen y programa.

Por eso he leído con gran regocijo la llamada lírica de Agustín Espinosa. Y he sentido como mío el triunfo que este poeta ha logrado, obteniendo de la Historia obediencia a su mandato. Porque hoy vuelve la Historia por el buen camino y atiende la voz de los poetas: ¿no ha obedecido la Historia la voz de un altísimo poeta: Lenin? Y Dácil renace también como actividad espiritual, como cultura viva, calma inquieta, en el cielo de las islas. Porque todo su sentido está en Lola de la Torre, portadora gentil del eco daciliano en esta primavera madrileña. Un concierto de canto en la Residencia de Estudiantes, otro en el teatro del Círculo de Bellas Artes han suscitado el elogio difícil de la mejor crítica musical. El crítico de *El Sol* ha escrito una breve y certera definición de la personalidad de Lola de la Torre: Sabiduría musical al servicio del Espíritu: Cultura.

«La señorita de la Torre cantó con perfecto estilo y musicalidad un programa en donde había música de todos los tiempos y escuelas: desde Caccini, Scarlatti y Gluck, a los últimos músicos de hoy, Strawinsky, Ravel o Respighi. Lugar señalado ocupaban los españoles: los de otro tiempo,

como Narváez y Marín, y los de última hora, sin olvidar a los románticos vieneses y a los parisienses de más suaves acentos. Un gran triunfo fue el obtenido por esa artista en el Círculo de Bellas Artes y renueva aplausos recientemente escuchados en otras salas.»

Y otro próximo concierto se anuncia en la Residencia de Señoritas, en la fila de la carrera gloriosa. Esta voz de Dácil no callará. ¿En qué cielo cree Antonio de Viana? Quien lo sepa que lo diga para llevarle esta noticia al recreador de la Infanta de Tenerife.

Porque de otro eco daciliano será portador Agustín Espinosa, coterráneo e interviuvador celeste de Viera y Clavijo, otro discípulo de Dácil que ha venido de la mano de Alonso Pérez Díaz a recorrer el camino de antaño.

Quien viera esta mañana a Pérez Díaz, quien observara esa nube de preocupación que velaba su habitual cordialidad nerviosa, no sospecharía que a las once del día 17 de mayo de 1932 había de pronunciar un discurso de agradecimiento al Ayuntamiento de Madrid.

No había tampoco de sospechar que ese dandy tinerfeño, abate, enciclopedista, proporcionaría a la actividad incansable de Alonso Pérez Díaz un gran triunfo parlamentario. Triunfo parlamentario que por aparente paradoja ha sido obtenido por nuestro diputado en medio de la calle, en la calle de Madrid que lleva desde ayer el nombre de un tinerfeño ilustre: José de Viera y Clavijo.

[*La Tarde*, 26-V- 1932.]

CARTA SEGUNDA

Conviene, antes de aventurar una definición biográfica, ir alistando en la tropa de Dácil cuantos elementos puedan ser decisivos en la lucha que se avecina. Y, junto a los claros síntomas de adhesión entusiasta, anotar los signos, aún balbucientes, de un posible futuro combatidor. Cuando Dácil, sentada en el acantilado de Tenerife, distraía sus tardes desoladas con la contemplación de los navíos transeúntes, «pájaros negros de muy blancas alas» que representaban en la imaginación desvelada de la doncella insular una promesa de vida mejor, estaría muy lejos de sospechar que un poeta de La Laguna de Tenerife, el bachiller Antonio de Viana, había de hacer de ella, en su magnífico poema, el símbolo de la Isla. No pensaría tampoco que tres siglos más tarde tiene que servir de hito para una resurrección de la cultura de las islas. Una cultura viva que, arrancando de ella y lastrada con cuanto hay de sensibilidad canaria en esa figura literaria que antes fuera figura viviente, tiene que recoger hoy y asimilar, convirtiéndola en sentimiento autóctono, la lección de las nubes viajeras que reflejan en el cielo de las islas las angustias e indecisiones de esta hora del mundo. Porque el rigor de la hora fronteriza que se atraviesa es de tal suerte que no tolera otro regionalismo que el que se enuncie así: «Un regionalismo que empiece por no querer ser un regionalismo».

Sólo es lícito un movimiento —político o literario— que aspire a una creación. Cansados estamos de que los partidos tengan como programa máximo una reforma administrativa. Por tanto, algo adjetivo y pobre. Igual, e igualmente vergonzoso, ocurre en lo literario. ¡Cuántos jóvenes se conforman y descansan en el hallazgo de una innovación técnica, en una nueva manera de decir que casi siempre se vuelve una manera de no decir nada! No; se exige algo más serio, verdadero y entrañable. En el lugar de una política administrativa y de una literatura de novedades técnicas es necesario levantar una política y una literatura movidas por interés humano. Que sea el Hombre su único objetivo con sus inquietudes y problemas.

[*La Tarde*, 24-VI-1932.]

UNIVERSALIDAD, NACIONALISMO Y SECTARISMO

Un pleito muy interesante ha visto Inglaterra en los días próximos pasados. Han sido invitadas sus Universidades a decidir cuál sería su actitud, en caso necesario, respecto a esta proposición que les ha sido presentada: «La Universidad se declara pronta a combatir por su Rey y por su Patria...».

La contestación de las tres que se han pronunciado sobre la cuestión ha sido claramente negativa. Oxford, Manchester y Glasgow —ésta por 634 votos contra 66— han dicho que la Universidad no está decidida a luchar por su Patria y por su Rey.

La Universidad —continuidad y universalidad— se declara libre del doble tope del tiempo y de las fronteras.

No es demasiado extraño que la Universidad hable así. Tampoco que sea en Inglaterra, donde es todavía reciente el caso de los que se negaron a combatir en la guerra última alegando el caso de conciencia. Pero extraño es el caso y la actitud en estos momentos en que cada nación —la misma Inglaterra en la Conferencia de Otawa— se encierra en sí misma.

A menudo oye uno decir para justificar tal o cual teoría o suceso: «es el signo de los tiempos; es la corriente de los tiempos».

Alguien que quisiera guiar su marcha con estos signos de los tiempos se verá perplejo ante este doble camino que le ofrece la actualidad. De un lado, el nacionalismo exacerbado que recubre las fronteras nacionales de afiladas púas rencorosas. De otro lado, esta definición de las Universidades inglesas proclamándose independientes de una institución pasajera y de unas fronteras.

¿A qué ha de atenderse para decir cuál es el verdadero signo de los tiempos? ¿A lo más general y persistente o a lo más destacado —en calidad— y, por tanto, minoritario y señero?

Se ha dicho tantas veces que no se puede ir contra «la corriente de los tiempos» que se ha llegado a crear una idolatría de tal «corriente de los tiempos». E incluso se ha tomado y se toma por justificación de una barbarie este signo de salvaguardia.

Un problema, el más dramático de la historia humana, está en averiguar si es la minoría o la fuerza anónima de la mayoría quien produce o inventa las formas de vida y arte.

En ello está implícito todo el problema de la Historia.

De todas maneras, sea permitido defender la actitud de independencia respecto a lo que se llama «corriente de los tiempos» cuando esta independencia tiene sus raíces en un sentimiento íntimo y cuando aquella corriente lleva, como ahora, un rumbo de esterilidad y de ineficacia respecto de la finalidad perseguida.

Por ejemplo, el nacionalismo: comienza por ser una exaltación de la Patria y de la Cultura y cae, inmediatamente, al cerrar sus fronteras al diálogo de que la Cultura se alimenta, en la negación de la Cultura. De ahí a la Guerra, poco camino queda. Y en la Guerra, destrucción de la Patria y de la Cultura.

Pueden citarse varios ismos, casi todos los actuales, que por una u otra vía tienden a destruir lo que aspiran a crear.

Además, siente uno que es más digno adoptar una actitud como consecuencia o respuesta a una manera personal de pensar y sobre todo de sentir —las más de nuestras actitudes no se fundan en convicciones sino en algo más profundo e irreductible, en sentimientos o sentires— que en obedecer, por comodidad y por presión de la corriente general, a las actitudes comunes, a las derivadas de la «corriente de los tiempos».

Bien está, porque era necesario e inaplazable, que una nueva justicia distributiva imponga otras normas en las economías privada y colectiva. Esa necesidad, derivada del incoercible anhelo de libertad que el espíritu siente, tiene que imponer sus normas, que quedarán definitivamente incorporadas al acervo de la cultura.

Pero otras normas, cuya implantación y defensa han sido victoria fatigosa de mentes egregias en su continuo laborar, no deben ser anuladas.

Las Universidades inglesas, poniendo su labor bajo la advocación del Espíritu que no conoce limitación de tiempos ni fronteras, han dado el mejor ejemplo en los días que corren.

[*La Tarde*, 3-IV-1933.]

CARTAS DE MADRID

VENGANZA DE CANARIAS [1]

Las Islas Canarias han empezado a vengarse de la Península Española. Los cuadros de Juan Ismael que cuelgan de las paredes de este salón son un instrumento de esa venganza. Son la venganza de Canarias. Ya diré cómo y por qué.

Un hombre que va tranquilamente por su camino se encuentra de pronto con una inesperada agresión. No tiene más remedio que defenderse del agresor con lo que tenga a mano, un objeto cualquiera, piedra, palo, botella, cuadro, con lo que sea, a menos que haya renunciado a la vida. Pues bien; un artista, un creador de arte, es un hombre condenado —divinamente condenado— a vivir perpetuamente agredido. Es su tragedia, y su gloria; sus defensas constituyen el arte. Uno se defiende de esa agresión que atenta contra su vida escribiendo, otro pintando, otro realizando cualquier otra actividad diversa. Ha dicho Baroja hace unos días que quizás la grandeza del hombre está en su capacidad de sentirse desgraciado. No tiene nada de extraordinario que así sea, porque Pío Baroja, que no pertenece a la secta de los sabios, suele tener razón.

Cada cual se defiende con lo que tiene más a mano; hay una clase de pintores que se defienden lanzando cosas o figuras humanas, y hay otros, a los que pertenece Juan Ismael, que se valen del paisaje. ¿Qué manera de agresión será esa que para replicarle basta con pintar un paisaje?

No sé. Lo que pasa, según creo, es que el paisaje obedece con más docilidad al anhelo de expresión del pintor, se deja moldear por su mano y

---

[1] En mayo de 1933, Juan Ismael presenta una Exposición en el Ateneo de Madrid. Este artículo es la transcripción de la conferencia que, con el título de «El paisaje de Tenerife y su interpretación por Juan Ismael», pronunció Antonio Dorta el día de la inauguración (27 de mayo). El 13 de junio aparece en *La Tarde* un extracto de la misma en el artículo «En el Ateneo de Madrid. Los paisajes de Juan Ismael», donde se cuentan todas las vicisitudes de esta Exposición: actos realizados el día de la inauguración, su repercusión en la crítica, público asistente, etc. Ya nos hemos ocupado en nuestra Introducción del enorme interés que presenta este texto, tanto como documento *per se* como por su repercusión en la crítica local (recuérdense, a este respecto, los artículos de José Rial, también mencionados).

emite su voz con el tono conveniente. Por eso, manejar, en la lucha por la expansión, el instrumento del paisaje es menos fatigoso, y el pintor indolente ve en él un portavoz más fácil al soborno. Con esto quiero decir que Juan Ismael es un pintor indolente, por la sencilla razón de que se vale del paisaje para contestar a la continua pregunta que clava en su alma su sensibilidad siempre despierta. Pero es además un indolente por haber nacido en una de las Islas Canarias, en nuestra isla de Tenerife.

Unamuno señalaba en sus artículos sobre Canarias esa modalidad vital que es la soñarrera, ese vivir durmiendo, en que pasamos la vida los canarios. Hay allí una temperatura de paraíso, con ligerísimos cambios apenas perceptibles y un mar que canta imperturbable la monótona canción de cuna que arrulla a los isleños.

El paisaje de Tenerife, por ejemplo, tiene dos únicas variantes, que se encuentran también, en dosis diferentes, en las demás islas.

Un paisaje paradisíaco, tropical, exuberante, en la vertiente norte de la isla, del que es expresión típica el conocido valle de la Orotava. Pero estas dos maneras de paisaje no están separadas por una rígida línea fronteriza y, de pronto, los Campos Elíseos de la Orotava se ven interrumpidos por una cuña del otro paisaje, un paisaje de penitencia, seco, árido, calcinado, el paisaje de los campos del sur, ese paisaje lleno de expresión trágica que don Miguel de Unamuno ha cantado en sus libros del destierro. En la isla de Fuerteventura, toda ella de paisaje desértico —es una de las islas del archipiélago más próximas a África—, desnuda de vegetación, que carece con frecuencia de agua potable, antesala del desierto del Sahara, pasó Unamuno sus meses de deportado. Allí ha vivido largo tiempo el pintor, y todos sus paisajes, aun los que recogen la otra variante del paisaje tinerfeño, llevan la huella de desolación, desolación resignada, que ha impreso en sus ojos el paisaje de Fuerteventura; esto, por otra parte, es lo más característico en la interpretación que Juan Ismael hace del paisaje de Tenerife, enseñándonos a ver, aun en los paisajes rientes del norte, este imponderable de tristeza que matiza todo el paisaje de Canarias. Todos los paisajes de este pintor se han quedado dormidos, no tienen ningún dinamismo, están soñando al margen de la vida que pasa, al margen de la vida que pasa y no logra despertar su interés.

A estas Islas Canarias, situadas al noreste de África, que parecen sentir el temor de verse un día ahogadas bajo la sábana arenosa del Sahara, de cuyo riesgo las salva el Pico de Tenerife, porque yo estoy seguro de que en su índice enhiesto quedará enganchada y será deshecha en jirones esa temida sábana de muerte; a esas Islas Canarias, rodeadas de mar por todas partes, llegó un día de hace cinco siglos gente española. Era la época de los descubrimientos. España,

la universal, católica, España, galopaba sobre el anhelo de dar unidad al mundo. Y allí en las Islas Canarias, escalón de la ruta, quedaron españoles de todas las regiones de la Península. De tiempo en tiempo recibían la visita de nuevas expediciones, que iban de paso para nuevas aventuras. Llevaban aire de España para que respiraran con plenitud nuestros antepasados de Canarias. Allí, Cristóbal Colón encontró la suficiente simpatía de colaboración para dar el salto a lo inédito; sus entusiasmos, harto quebrantados, recibieron en Canarias el empujón necesario para poner en marcha las tres carabelas. Yo espero que algún día nuestro amigo Juan Bautista Acevedo se decidirá a escribir esta desconocida e interesante escena de nuestra historia.

Por unas u otras razones, España se olvidó pronto de Canarias. Canarias se olvidó de España y quedó en orfandad de cultura. Pasan los siglos. Y surge el aislamiento, que a mí me parece el síntoma de que los españoles de Canarias empezaron a darse cuenta de lo que les faltaba, llega el momento en que los canarios sienten en su alma el desgarrón de algo que les era esencial. Este algo esencial era el contacto vivo con las fuentes de la cultura española. Y los españoles de Canarias, faltos del aliento y del choque con aquellos temas eternos que son la médula de la ventura de España en la historia, se provincianizan, se dedican a juegos bizantinos, a insultarse impenitentemente desde sus acantilados respectivos.

Mientras duran estas querellas interiores, Canarias permanece en el anónimo; en el alto sentido que todavía debe tener, deja de existir. Sus pintores pintan paisajes domésticos donde aparecen dos o tres notas que se juzgan definidoras del paisaje insular, paisajes de balcón o de enredadera, paisajes de «rincón»; los escritores escriben sus obras con idéntico criterio y los personajes de comedia y novela llevan la indumentaria típica y dicen dos o tres palabras de prosodia alterada o arcaica. Se confunde al hombre, sus sentimientos profundos y elementales, con una anécdota cualquiera de traje o de dicción. Se confunde lo universal y lo cosmopolita y se cree —todavía hoy— que la cactus y la pitera, por ejemplo, pueden dar el sentido de lo canario en un paisaje. La conexión con la cultura europea se toma al pie de la letra y los escritores jóvenes no utilizan los instrumentos de esta cultura para hacer aflorar lo que de universal y absoluto tiene el alma canaria y el paisaje canario, sino que los toman como fin en sí y escriben sus artículos y pintan sus cuadros con elementos y formas absolutamente extraños que no tienen en las islas ni siquiera una anecdótica y pasajera existencia.

Todo esto ha traído este olvido de España por los españoles de Canarias.

Pero Canarias empieza a vengarse, y como España no va a ella, viene ella al Continente. Juan Ismael, el pintor menos pintor, con su paleta simple de

cuatro colores apagados, que obtiene sus efectos con los más reducidos elementos, supera el paisaje «doméstico» y pinta paisajes de amplitud, paisajes planetarios donde la anécdota no juega ningún juego y cuyos elementos constantes son el mar, la tierra, el cielo. Con medios de simplicidad extremada, logra todos sus efectos y, sirviéndose de las aportaciones de la cultura universal, rescata del anónimo el paisaje tinerfeño.

***

Canarias necesita hoy más que nada un poeta que le dé conciencia de sí misma, el poeta que recree las islas, que saque a la superficie todos los matices de esa variedad dormida del alma española que es el alma canaria, alma también española que ha hecho la experiencia de vivir varios siglos una vida de isla. Gracias a un poeta, entró España en conocimiento de sí misma y supo el mundo lo que era «ser español»: dos siluetas proyectadas sobre La Mancha dibujan el arquetipo del español universal. Canarias necesita un poeta cuya voz penetre todos los oídos de las islas y alce el rumor de su voz sobre el rumor del mar que choca en los acantilados.

A falta de un fuerte enemigo exterior, Canarias necesita un enemigo interior que agite la banalidad de las vidas provincianas.

Un poeta es hoy para Canarias —permítaseme la fórmula comercial— un artículo de primera necesidad.

Mientras llega, es preciso conformarse con la esperanza de que no nos ha de faltar. Quién sabe si las recientes generaciones son los heraldos de esta voz, quién sabe si entre sus guerrilleros se cumplirá la promesa; por ejemplo, Josefina de la Torre, la poetisa de la indolencia de los paisajes dormidos, algunos de cuyos poemas en prosa son el correspondiente literario de la obra de Juan Ismael; por ejemplo, Agustín Espinosa, escritor del inolvidable *Lancelot*; por ejemplo, Juan Manuel Trujillo, el de la prosa herida por los cuchillos del lirismo más desgarrado, el de la prosa desgarrada como ella sola, según la adjetivación emocionada y exacta de Gómez de la Serna; por ejemplo, todos los ejemplos posibles.

Mi conclusión es esta: ya no se podrá definir nuestra isla con la definición que traían los manuales de Geografía: Tenerife no es ya una isla rodeada de agua por todas partes. Desde ahora habrá que definirla así: Tenerife es una isla rodeada de agua por todas partes menos por una, por la parte de sus últimas generaciones, por la parte de los cuadros de Juan Ismael, que la unen al Continente.

[*La Tarde*, 3-VI-1933.]

POESÍA Y GEOGRAFÍA EN AGUSTÍN ESPINOSA [1]

Agitando en la memoria, en este cubilete mágico de la memoria, los datos inmediatos de una visita a las Islas, lo cálido, dulcemente cálido, lo azul, y algún que otro dado más indefinido, o más fugitivo, han dado una suma que resumiré así: Agustín Espinosa, jugador de dados, juega en su cubilete, cuando en su partida de *Lancelot*, cuando en su *Media hora jugando a los dados*, cuando en su hora cualquiera, con los datos más esenciales de la geografía de Canarias, vemos que este poeta es continuamente arrastrado por la vocación de la geografía. La geografía se lo lleva, nos lo lleva, de un lado a otro, sin dejarlo detenerse en ningún sitio. Pero, hemos dicho, no en un descuido de la pluma, sino con la más firme intención, que Agustín Espinosa es sobre todo —más exactamente en todo— un poeta. Y poeta quiere decir vocación de detenerse en cada cosa, en cada sentimiento, en cada paisaje geográfico, en cada inmóvil estanque de turbias o claras emanaciones de lo anímico. De esta coexistencia en el alma de nuestro poeta, de la geografía, o vocación de superficies, con la poesía, o vocación de profundidad, vemos nacer este maravilloso dinamismo quieto —cálido— de Agustín Espinosa.

Al querer resumir, en cifras literarias, mis impresiones y mi concepto de nuestras Islas, ningún otro escritor me ha lanzado una tabla de salvación tan eficaz, en esta angustiosa hora de náufrago —¿no es náufrago quien necesita sustituir por el asiento firme de una palabra exacta la nube vana de la impresión, huidiza, informulada?—; en esa hora pavorosa del náufrago que busca, en el mar variable de lo indefinido, la isla clara y firme de lo definido, la tierra firme de la palabra expresiva y exacta, ninguno de los escritores llamados regionales ha acudido a mi desesperado grito de ¡¡Socorro!! con la eficacia de las páginas de Agustín Espinosa. Del escritor no regional, del menos regional posible.

Y —¡claro!— es natural que sea así. La realidad es siempre instrumento para hacer poesía. Y un poeta no necesita buscar lejos lo que, de manera tan graciosa y fácil, puede encontrar delante de sus ojos. No puede un náufrago ahogarse con aguas de mares distintos del que le haya

[1] Este artículo se publicó acompañado de un dibujo de Juan Ismael.

tocado en suerte para su naufragio. Y un poeta es siempre un náufrago de su mar interior, del mar terrible de su circunstancia, y sólo puede salvarse agarrándose a ella. Y ella es su paisaje, las cosas y los hombres que en su paisaje están, las nubes que cambian y el color que lo persigue. Sólo falta tener ojos. Y nuestro amigo Agustín Espinosa, nuestro primer actual escritor, tiene unos ojos gozosos de geógrafo y un alma cálida de poeta.

[*La Tarde*, 16-II-1934.]

CARA Y CRUZ DE GUTIÉRREZ ALBELO [1]

Hay momentos en que Gutiérrez Albelo no escribe lo que piensa, o no piensa lo que escribe. Se ve cómo su pluma —en estos momentos una pluma de pintor— sólo obedece a lo que le dictan los ojos del poeta. Y, entonces, pinta, detalla, describe. Ya muy bien ve Albelo las cosas que pasan por sus ojos. Hace de ellas retratos maestros. A veces, las ve demasiado bien. Entonces obtiene caricaturas sorprendentes.

Esto ocurre, por ejemplo, en su «Minuto a Brigitte Helm»:

Avanzando. Avanzando...
Con un silencio de puñal tan hondo,
tan sutil, tan helado.
Avanzando. Avanzando...
Por un cono de luz, buida sombra.
Nocturna.
Ensangrentada.
Avanzando. Avanzando.
Ignorante de todo. Fatal. Desmesurada.
Aserrando los robles más robustos
con su fija mirada.

Cualquier tema sirve para estos ejercicios ópticos de Gutiérrez Albelo.

Lanza tan impetuosamente su mirada sobre las cosas, sobre las personas, que se adentra en ellas y les saca el alma. ¿Se podría decir, para precisar más, que estas almas que nuestro poeta descubre, y luego describe, son almas anatómicas? Los rasgos más firmes y exactos de sus descubrimientos son rasgos físicos, plásticos. Ya hemos dicho de su pluma de pintor. Maneras de pintor hay, variadas, en la obra de Gutiérrez Albelo.

---

[1] El poema «La guarda del desvelo», de *Romanticismo y cuenta nueva*—libro de Gutiérrez Albelo que ha motivado este artículo—, va dedicado justamente a Antonio Dorta.

Rabiosamente obscuro,
el mundo de las cosas
se lanza contra mí.
No poder detenerlo.
Dejarle bien situado.
A una distancia conveniente.
Fijo, parado en seco,
con el testuz súbitamente inmóvil
(—¡pelele corneado sin remedio—).

Yo deseo que Gutiérrez Albelo sufra de verdad el calvario de esta cruz poética. Yo espero que en esta lucha con las cosas que se le resisten, con estas cosas indóciles a su mirada, tenga nuestro amigo que pensar lo que escriba, que escribir lo que piense. Que usar, también, su pluma de escritor.

En este acoso en que «el mundo de las cosas, rabiosamente obscuro, se lanza contra él» dará Gutiérrez Albelo nuevas razones de su poesía; esa razón de poesía que, como él dice:

Está aquí
tan cerca de nosotros que es difícil que la veamos,
tan dentro de nosotros que no sirve al escarbo,
tan fundida a nosotros...
que, solamente, es nuestra, en el aire, flotando.

Madrid, febrero, 1934.

[*La Tarde*, 22-II-1934.]

UNA LUZ QUE SE APAGA

El acontecimiento tiene demasiada importancia para que lo dejemos enterrar en el silencio. Hace unas noches pudieron leer los madrileños un artículo de Ramón Gómez de la Serna que publicaba el diario *Luz*. El artículo se titulaba «Adiós, torreón». Desde hace muchos años, no sé si quince o veinte, vivía este escritor sus horas de escritor alucinado en un alto torreón de una casa de la calle de Velázquez. Muy próximo al parque del Retiro, envuelto en su atmósfera de misterio y de luz del pasado, este torreón recogía las confidencias de este maravilloso parque madrileño.

Como Ramón trabaja de noche, su casa, siempre iluminada, era el faro alto y seguro en la alta mar, aborrascada o serena, de las noches. Allí se recogían en toda su exactitud y significado los síntomas de Madrid. Los más graves eran avisados por Ramón a los encargados de la guarda de la ciudad. Porque Ramón, que es el cronista de Madrid aunque no posea el diploma oficial de este título, no es un cronista vulgar que va desenterrando de los periódicos o de los libros muertos el pasado de su ciudad. No; es el cronista del pasado, del presente y del porvenir. Tiene en su corazón un complicado mecanismo donde repercuten —¡qué fea palabra!— todas las oscilaciones del ritmo en que Madrid va tejiendo su vivir. El corazón de Ramón Gómez de la Serna, con su red de venas y demás complicaciones del mecanismo circulatorio, está conectado con los hilos de la vida de Madrid, se agita con su febril galopar, se duerme en las horas de tedio, sufre de sus inquietudes, goza de placidez caliginosa en sus noches de estío.

Pero —aquí llega el rumor de la tragedia— el escritor tiene que abandonar el torreón donde ha urdido casi todos sus libros, el rincón de soledad donde ha encontrado el secreto de tantas cosas, las paredes que están claveteadas de tantas angustiosas miradas de náufrago: todo eso tiene que ser abandonado por dificultades que ya suponéis cuáles serán.

—Bueno —preguntará alguno—, ¿y a qué viene todo este cuento? ¡Cuánta gente no tiene que mudarse a otra casa más barata!

—Sí, es verdad. La vida aprieta a tantos que no cabe lamentarse por un caso particular.

—Sí, es verdad —dice ahora un tercero—. Pero aquí se trata de un artista, de un poeta. Un poeta es alguien que no puede igualarse a "la mayor parte", a la generalidad.

Al oír esto, yo, que soy un sentimental, me doy cuenta que ante el caso de Ramón Gómez de la Serna sentí una reacción de tipo distinto a la que sentiría en análoga situación el vecino de enfrente. Y me pongo a reflexionar la causa de esta distinta reacción de sentimiento ante un caso y otro.

Y deduzco: Ramón es un poeta. ¿No sentís el goce del ala del misterio que esta palabra suscita? Un poeta es alguien que con su labor tan sutil, tan aparentemente poca cosa, de poner unas palabras delante de otras, levanta el edificio de una nación y lo sostiene. Cuando una nación no tiene poetas, esos seres que ligan con redes aéreas de sentimiento a todos los habitantes de un país, de una región, de una isla, esa nación decae en la dispersión, en la flojedad, en la vida insular del deficiente mental. Una nación sin poetas es sólo una sombra de nación. Por eso tiene uno que anotar en su calendario platónico el momento en que una de estas luces se extingue: no es ahora, oportunamente, en este caso, pero en el laboratorio de un poeta tan pegado a su tierra como Ramón no existe ya la luz alta, de faro, de su torreón vigilante: otro día se dirá cómo un poeta pegado a Madrid es un poeta de España. Y, siendo así, ¡cuán lamentable síntoma de nación caída en dispersión, olvidada de la jerarquía, sumida en el caos de la confusión, es éste que anotamos!

España: para que seas nuevamente tú, es preciso que donde hoy pone: «confusión» pongamos muy pronto: «jerarquía y distinción». Entonces no caerá sobre nosotros la sombra de esta luz que hoy se extingue.

[*La Tarde*, 27-II-1934.]

UN LIBRO

DECLARACIÓN DE AMOR [1]

En un verano tinerfeño, parecido a otros veranos tinerfeños ya pasados y a tantos que también pasarán, ocurrió lo que voy a contar. A uno de los principales protagonistas del suceso se le ocurrió contarlo, pero hace ya tantos meses que Andrés de Lorenzo-Cáceres publicó su *Poeta y San Marcos* que puede atreverse uno a decirlo otra vez, con la probabilidad de pasar como aficionado a relatar novedades, manía que caracteriza a los llamados periodistas.

Veraneante en Icod de los Vinos, Andrés de Lorenzo-Cáceres bajaba durante todos los días, durante la temporada de baños, a la playa de San Marcos. La vida que allí bullía descrita en sus páginas mencionadas. Al anochecido, regresaba a Icod, y entonces, en los periódicos que llegaban en esos momentos de la capital de la isla, Andrés de Lorenzo-Cáceres veía retratados por su pluma los lances de amor y de navegación que el mar de San Marcos había despertado o sostenido y que su prosa ondulante hacía ahora revivir en su memoria.

¿Por qué este veraneante en Icod, bañista en San Marcos, sentía la necesidad de enviar a un periódico el relato minucioso de la actividad de aquel rincón de Tenerife? Misterio del arte. Acaso el espejo y la fotografía y el periodismo respondan a la misma razón oscura que movía a este escritor a poner en su cuaderno el balance del día.

Afán de distinción. Entre los bañistas, hay uno —uno solo— que nos ve vivir y nos lo dice en palabras que tienen la autoridad de estar impresas en papel de periódico. A sus enamorados de la playa, cuánta vanidad legítima les proporcionará el encuentro de sus nombres entre las columnas del diario.

Un maestro de las letras españolas sufre en sus páginas más exquisitas el dolor de la fugacidad de las cosas, de la no existencia del presente, porque el presente, al existir, deja de ser presente para sepultarse en lo

[1] En este artículo aparece el mismo dibujo de Juan Ismael que sirvió de ilustración en "Poesía y geografía en Agustín Espinosa".

ya pasado. Esta sensación de la corriente inexorable del tiempo, que comunica un misterioso temblor a la pluma de Azorín, atraviesa también las horas de contemplación de Andrés de Lorenzo-Cáceres.

Y, sobre todo, aquí aparece la Isla. Aquí está ya Tenerife. En la generación que hizo *La Rosa de los Vientos*, generación tachada de extranjerismo, aparece nuevamente el sentimiento del paisaje en Canarias. ¿Será necesario estar atento a todas las señales que nos hace el mundo, vivir en contacto con los movimientos artísticos universales, para poder sentir el paisaje —físico y humano— que nos rodea? Así lo creemos. Nadie, entre los llamados escritores regionales o regionalistas, ha logrado interesarse de verdad por lo que tenía delante de sus ojos. Que nos digan un ejemplo de escrito regional —novela, verso, etc.— que sea claramente tinerfeño y que no pueda ser atribuido indistintamente a cualquier escritor regional de Burgos o de Cuenca.

Pero, véase Agustín Espinosa. Su libro es un diseño de Lanzarote, su interpretación poética. Pero, véase Andrés de Lorenzo-Cáceres. La isla de Tenerife pasa por sus páginas.

Y digamos también del magnífico reportaje geográfico de Víctor Zurita que publicó este diario en el número uno de este año. Y que yo me atrevo a discernir como influido por aquel movimiento, ya aludido, que hizo posible la aparición de *La Rosa de los Vientos*.

No hablo de Juan Ismael porque, compañero mío en esta *Tarde*, su dibujo habla por mí.

Volvamos al *Poeta y San Marcos*. Para retener, en su paso hacia el no ser, las tardes de San Marcos, fijadas quedaron sus escenas en crónicas de periódico. Periodismo, espejo del mundo, con la perpetuación que proporciona el espejo a lo que es mirado por él, gracia de ser contado con sencillez, poesía del periodismo.

Todo esto veo yo en esta declaración de amor que Andrés de Lorenzo-Cáceres hace a las tardes de un verano en la playa de San Marcos, en nuestra Isla de Tenerife. Todo esto, incoherente y afectuoso, firmo yo en honor de un periodista que «pone en lo que escribe la máxima sencillez».

[*La Tarde*, 2-IV-1934.]

MADRID

EN LA PUERTA DEL CAFÉ

A Ramón Trujillo Torres,
en La Laguna.

Juan Manuel Trujillo, siguiendo pasos de Antonio de Viana, bachiller en poesía de Tenerife, se ha marchado a Sevilla.

Nuestro adiós en la estación de Atocha suscitó, en ese algo de convaleciente que pone en nuestras almas la despedida, la imagen de un libro próximo que Juan Trujillo nos ha dibujado en horas de café; sus palabras apasionadas y agudas —sólo la pasión es aguda— marcaron en el aire las líneas esquemáticas de ese libro que será un retrato de Tenerife. Gran indagador de todo, de sí mismo, de su isla, su libro —os lo aseguro— será el mejor relativo a Canarias [1].

«Basta con mirar con interés una cosa para que se nos vuelva interesante». Juan Trujillo es un gran inquiridor. Minero del arte. Berbiquí torturador y torturado. Ahínca su mirada en delgadísimas telas y encuentra abismos en la más impenetrable superficie. De todas sus aventuras regresa enriquecido, como nadador que torna a pasearse sobre la tierra, y va dejando regueros de aguas inéditas.

Esto, en su actividad en relación con lo externo. Porque, dentro, ¡cuánto secreto! Cuanto elabora en sus horas de absoluta sinceridad trae caricias de artesano enamorado en su labor. Sus manos cuidan su tipografía como un orífice de las buenas horas italianas. Y sus frases tienen anhelo de exactitud. Sensibilidad acuchillada, yo me imagino que su alma trabaja las materias de una manera así: bosque loco de cuchillas de afeitar, en danza alucinante, y el tema de cada momento, o la materia de su labor de arte, pasando atemorizada por esta galería de cuchillas, dan-

[1] Este texto fue escrito con motivo de la partida de Juan Manuel Trujillo a Sevilla, a donde fue destinado como delegado del Ministerio del Trabajo. Según Sebastián de la Nuez («Introducción» a Juan Manuel Trujillo, *Prosa reunida*, pág. 12) el libro al que se refiere Antonio Dorta nunca vio la luz.

do alaridos, mostrándole los sentires que sólo salen a la luz en momentos de pavor, en las agonías. Sólo hay en él miradas con el nervio óptico atravesado por altas tensiones.

Su cifra: Sensibilidad y Lucidez.

* * *

Yo quería esta tarde, en adiós al gran amigo, intentar una divagación sobre el café. Pero el café, institución madrileña, no es cosa que entregue su secreto en una hora; por otra parte, tan poco acostumbrado estoy a dedicatorias, que al poner su nombre en comienzo de cuartilla e intentar justificar esta dedicación, la pluma se ha puesto a galopar y no había manera de enfrenarla.

La pluma es, pues, responsable de este momento de recuerdos enfrente de la puerta del café. Otro día estaremos en él.

Madrid, marzo de 1934.

[*La Tarde*, 6-IV-1934.]

IMAGINACIONES ACERCA DE CANARIAS

Un reciente artículo de Azorín ha venido a reforzar la impresión que me había producido una película donde se quiere figurar algo de Canarias, de la agricultura canaria, y, más concretamente, de las islas de Gran Canaria y de Tenerife. De paso quiero rectificar mi calificación de esa película [1], y he de decir que cosas así son precisas en épocas de letargo. La reacción de protesta es siempre beneficiosa porque da como resultado el querer hacer lo que en lo que la motiva se pretendió y no se logró. Bienvenida esa película y todo lo que produzca fermentación análoga.

El artículo de Azorín habla del paisaje de España, de los matices que diferencian los paisajes de las regiones de la península. «El paisaje es la cara de las naciones. La cara de España es varia, fría, contradictoria, expresiva.» Hay aquí adjetivos que pueden aplicarse a los paisajes más diversos, adjetivos que no destacan ni definen, adjetivos que ruedan de cosa en cosa, sin adherirse fuertemente a ninguna. Pero también encontramos en ese artículo notas que sólo pueden escribirse después de un cuidadoso fervor y estudio del paisaje. El adjetivo afilado que hiere con su fino pinchazo el corazón de lo que quiere definir. Sustantivo y adjetivo se unen en perpetuo enlace. Así surgen, bajo la pluma del escritor, el matiz que distingue el paisaje de Castilla la Nueva del de la otra Castilla, la nota que caracteriza al paisaje vasco, el levantino o el andaluz.

En la película de Canarias, no apareció Canarias. En un artículo de Azorín está aprisionado —y con qué gozo de su prisión— el paisaje de España.

Ello nos hace descubrir que el paisaje de Canarias no ha sido estudiado con moderna sensibilidad, o, precisando más, con ninguna sensibilidad, ni moderna ni antigua, ni buena ni mala. (Abro un paréntesis para Andrés de Lorenzo-Cáceres, fino catador de luces. En otra ocasión lo he dicho. Y

[1] La película a la que se refiere es *La riqueza agrícola de las Islas Canarias*, producida por la Dirección General de Agricultura, y el artículo en el que Antonio Dorta la critica es «Imaginaciones acerca de Canarias» (*La Tarde*, 19-VII-1934).

quede abierto este paréntesis para todo olvido o ignorancia —involuntarios, naturalmente.)

El paisaje de Canarias no ha sido descrito. Sólo conocemos descripciones con adjetivos redondos, sin eficacia expresiva. El paisaje de Santa Cruz, por ejemplo, difiere en muchas notas del paisaje de La Laguna. En Tacoronte —gracias, Agustín Espinosa, por tus alborotadas hojas de diario! [2]— vive un paisaje de otra luz y de otro color. El aire es otro. Pueblo por pueblo, podríamos señalar claras diferencias de matización. (Pero no se crea que este artículo pretende llenar la ausencia que comenta, que sería labor mucho más larga, y necesariamente requeriría el documento.)

De una descripción minuciosa del paisaje de los pueblos de Tenerife, casi todos «regiones» naturales de límites bien destacados, habría de obtenerse una síntesis del paisaje de la isla. Análoga labor en cada isla podría traducirse en conciencia del paisaje de Canarias.

¿Es ello necesario? ¿Sería una labor de alguna utilidad? Muchas veces he oído lamentarse a políticos nuestros de la poca resonancia que tiene en nuestras islas su labor. Ventajas que se obtienen, auxilios económicos, obras públicas en creciente escala; todo, todo esto deja indiferentes a los canarios. —¡Se le quitan a uno las ganas de hacer nada, de conseguir nuevas cosas! —he oído decir. —Son desagradecidos los paisanos —resumen.

Parece que tienen razón, porque esto es verdad. Pero, al buscar la causa de ello, ocurre que, aun siendo esto que dicen una clara verdad, no tienen tan claramente razón en sus quejas.

No agradecen los canarios. Exacto. Se le conceden mejoras a las islas. Este concepto debe aclararse.

Canarias —no averigüemos las razones— no se siente como unidad. Cada isla tampoco se siente en unidad, es decir, solidarizada en la ofensa, o en la defensa. Cada pueblo es una isla dentro de la isla, y cada familia, dentro de cada pueblo. Todos se desconocen entre sí. No quiere esto decir que se odian. Peor aún: se ignoran, se son indiferentes. Ello se traduce en que cada ventaja lograda por uno no produce ninguna alteración en el resto. Ni alegría, ni envidia. «Indiferencia»: he aquí el tóxico que duerme nuestras islas.

¿No convendría poner a los tinerfeños ante ese espejo de su isla, de sus pueblos, de sus vidas? ¿No podrá traducirse —para nuestro objeto— el

---

[2] Se está refiriendo al *Diario de un poeta recién casado*, aparecido en el periódico *Hoy* los días 27, 30 y 31 de agosto y 1, 3, 6, 11 y 13 de septiembre de 1932, y recogido en Agustín Espinosa, *Textos*, págs. 176-190.

aforismo «La cara es el espejo del alma» por este otro: «El alma es el espejo de la cara»? Pongamos ante los ojos de los tinerfeños el mapa vivo de Tenerife, la cara de la isla. Ello se traduce de seguro en la creación de una síntesis geográfica, en el nacimiento de un paisaje insular. De aquí a un «alma de Tenerife» no queda sino una poquísima distancia.

[*La Tarde*, 23- VII-1934.]

LAS VUELTAS DE JOSÉ AGUIAR

Haber nacido en un paisaje como el de la isla de la Gomera influye mucho en la obra de José Aguiar. De las más hondas huellas en su memoria, serán las de la visión de su paisaje nativo: dramático, majestuoso, activo. Hay paisajes pasivos, pero éste no aguarda a que le contemplen; se adelanta y entra imperiosamente por los ojos del que llega a su presencia. Como hay hombres elegidos para expresar los deseos y pasiones de todos —Shakespeare, Lope de Vega—, hay paisajes que la Naturaleza ha escogido para expresar sus ímpetus o sus serenidades. Así el paisaje de la Gomera, interlocutor mudo y patético de José Aguiar el apasionado.

Sin embargo, en sus cuadros el paisaje no tiene preponderancia. O mejor dicho, por eso mismo, el paisaje no tiene preponderancia.

Aguiar modela, no pinta. Su sensibilidad se regodea en palpar las formas. ¿No será esto un secreto de la sensibilidad canaria? (Permítaseme que recuerde la manera de pintar las cosas —no el paisaje ni las figuras— de Juanita Dorta.)

Es curioso, nada extraño —lección para "regionalistas" en el arte— que en sus alternos cuadros, cuando Aguiar está preocupado fuertemente por los problemas de su arte, y los resuelve con pertinaz maestría, cuando contrasta su pintura con la pintura del mundo y la empareja con la mejor, es cuando nos trae también más revelaciones de sensibilidad canaria. Es el juego del escondite del arte. Cuando se busca a Canarias, se nos pierde Canarias y se nos pierde el pintor. Cuando se busca la pintura aparece el pintor con una obra maestra y, al encontrarse a sí mismo, se ha encontrado con las islas que, como un tesoro olvidado, tenía dentro de su corazón.

[*La Tarde*, 13-IV-1935.]

APÉNDICE

ARTICULOS DE ANTONIO DORTA EN *LA TARDE* (1929-1935)

1929

1. «Ramón», 23-VIII. (En la sección «La nueva literatura».)

1932

2. «Disco de actualidad», 8-III.
3. «Dos notas», 22-III.
4. «La reforma electoral», 31-III.
5. «Jóvenes», 8-IV.
6. «Cartas a Dácil. Carta primera», 26-V.
7. «Cataluña», 17-VI.
8. «Briand-Metternich», 22-VI.
9. «Cartas a Dácil. Carta segunda», 24-VI.
10. «Nueva política», 29-VI.
11. «La guerra», 7-VII.
12. «Nuestro tiempo», 13-VII.
13. «Mirador. Amigos y enemigos», 29-VII.
14. «Elecciones sobre Alemania», 1-VIII.
15. «Madrid y el estatuto», 8-VIII.
16. «Mirador. Una hora del mundo», 11-VIII.
17. «Mirador. Una nota sobre una curiosidad española», 15-VIII.
18. «Mirador. Las veleidades de Azorín o Elogio de la inconsecuencia», 17-VIII.
19. «Mirador. Un pronunciamiento en España», 19-VIII.
20. «Mirador. Vida y muerte de un Pronunciamiento y Elegía de la Oratoria», 20-VIII.
21. «Ramón Trujillo, catedrático del Instituto de La Laguna», 29-VIII.
22. «Mirador. El juicio sumarísimo», 3-IX.
23. «Mirador. Larra en 1932», 6-IX.

24. «Mirador. Larra en 1932 (II)», 9-IX.
25. «Mirador. Larra en 1932 (y III)», 13-IX.
26. «Mirador. Europa, o el mundo», 17-IX.
27. «Mirador. Horas de otro reloj», 21-IX.
28. «Mirador. Imagen de Madrid», 29-IX.
29. «Mirador. Divagación sobre política», 3-X.
30. «Mirador. Comienzo de la temporada», 8-X.
31. «Pregón de nueva política», 10-X.
32. «Mirador. El Congreso Socialista», 14-X.
33. «Mirador. Visita de Eduardo Herriot», 21-X.
34. «Mirador. Loa de Jaime Carner», 29-X.
35. «Mirador. Unamuno lee un drama@», 1-XI.
36. «Hacia una nueva política. Las juventudes de Canarias», 3-XI.
37. «Hacia una nueva política. Necesidad del entusiasmo», 7-XI.
38. «Hacia una nueva política. Indiferencia», 16-XI.
39. «Mirador. Manuel Azaña», 18-XI.
40. «Mirador. Ejemplo de Cataluña», 24-XI.
41. «Mirador. Azaña-Ortega», 1-XII.
42. «Mirador. Rusia en 1932», 8-XII.
43. «Mirador. Unamuno», 13-XII.
44. «Mirador. Hacia una nueva Canarias. Un proyecto de Sociedad de conferencias, conciertos, exposiciones y cinema de avanzada», 15-XII.
45. «Mirador. La crítica», 19-XII.
46. «Mirador. Vida española», 24-XII.

1933

47. «Canarias en Madrid. La tertulia del café universal», 16-I.
48. «Notas de Madrid. Crisis.», 3- II.
49. «La filosofía tiene casa nueva», 6- II.
50. «Alucinaciones. El congreso se divierte», 9-II.
51. «Ha llegado febrero», 10-II.
52. «Notas de Madrid. Vuelta del hijo pródigo», 25-II.
53. «Notas. La República y Tenerife», 2-III.
54. «Notas de Madrid. Casas nuevas», 8-III.
55. «Notas de Madrid. Un congreso de derechas», 14-III.

56. «Notas de Madrid. Espectáculos de ahora», 17-III.
57. «Notas de Madrid. Una semana europea», 21-III.
58. «Momento europeo. Londres, Roma, Berlín», 30-III.
59. «Nuestro tiempo. Universalidad, Nacionalismo y Sectarismo», 3-IV.
60. «Notas de Madrid. Importancia y existencia de la primavera», 19-IV.
61. «Notas de Madrid. Vacación parlamentaria», 21-IV.
62. «Notas de Madrid. Reportaje de un Porqué», 3-V.
63. «Notas de Madrid. Music-hall», 4-V.
67. «Cartas de Madrid. Venganza de Canarias», 3-VI.
65. «Notas de Madrid. Jules Romains, en el Ateneo», 13-V.
66. «Los paisajes de Juan Ismael», 13-VI.
67. «El nacional-agrarismo (I)», 6-X.
68. «El nacional-agrarismo (y II)», 14-X.
69. «Otro intento de falsificación», 20-X.
70. «Escena que se repite», 23-X.
71. «Crónica de Madrid. Hoy como ayer. ¿Qué pasa en España?», 3-XI.

1934

72. «Gaceta de Madrid. Artículo de circunstancia», 3-II.
73. «Lo uno y lo otro», 10-II.
74. «Poesía y geografía en Agustín Espinosa», 16-II.
75. «Cara y cruz de Gutiérrez Albelo», 22-II.
76. «Una luz que se apaga», 27-II.
77. «Un libro. Declaración de amor», 2-IV.
78. «En la puerta del café», 6-IV.
79. «Tarde a cuadros», 18-VI.
80. «Pío Baroja, en la Academia», 15-VI.
81. «Una película de las islas. Imaginaciones acerca de Canarias», 19-VII.
82. «Del paisaje. Imaginaciones acerca de Canarias», 23-VII.
83. «Imaginaciones sobre Canarias. Deberes de la capital», 31-VII.
84. «Sánchez Román declara la guerra a la República», 3-VIII.
85. «Un discurso de Sánchez Román. Pero ¿y la revolución?», 7-VIII.
86. «1914-1934. Otra vez la guerra», 10-VIII.
87. «Lyantey-Hindeburg. Patriotismo», 14-VIII.
88. «Postal de viaje. Nuevo patriotismo», 23-VIII.
89. «La fiesta del Ateneo, Eugenio D'Ors o el Mantenedor perfecto», 12-IX.

90. «Cartas de Madrid. Historias de España», 29-X.
91. «Revolución necesaria. Miradas subversivas», 23-XI.
92. «La Ceda se encuentra con la Ceda», 29-XI.
93. «Días de Madrid. José María Gil Robles», 6-XII.
94. «Tardes de Madrid. El 6 a 9», 13-XII.
95. «La Navidad literaria. Francia y España», 20-XII.

1935

96. «Iniciativas. Pidiendo un premio literario en Tenerife», 2-I.
97. «Las vueltas de José Aguiar», 13-IV.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 7

Nota sobre la edición 19

BIBLIOGRAFÍA 20

ANTOLOGÍA

Ramón 23

Cartas a Dácil

Carta primera 26

Carta segunda 28

Nuestro tiempo. Universalidad, nacionalismo y sectarismo .. 29

Cartas de Madrid. Venganza de Canarias 31

Poesía y geografía de Agustín Espinosa 35

Cara y cruz de Gutiérrez Albelo 37

Una luz que se apaga 39

Un libro. Declaración de amor 41

Madrid. En la puerta del café 43

Del paisaje. Imaginación acerca de Canarias 45

Las vueltas de José Aguiar 48

APÉNDICE

Artículos de Antonio Dorta en *La Tarde* (1929-1935) 49

Cartas a Dácil y otros ensayos
de Antonio Dorta

ACABÓ DE IMPRIMIRSE EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA EL PRODUCTOR, S. L., BARRIO NUEVO DE OFRA Nº 12, LA CUESTA, LA LAGUNA DE TENERIFE, EL DÍA 10 DE MARZO DE 1993. EN SU COMPOSICIÓN DE USARON TIPOS GARAMOND DE 9:10 PUNTOS.

La edición estuvo al cuidado de
Andrés Sánchez Robayna

EDICIÓN DE 500 EJEMPLARES

MCMXCIII

Depósito Legal TF 244/93